

eminencias muy dudosas de la medicina francesa. Debido a esta circunstancia, vemos desarrollarse variadas intervenciones, donde la vida humana pende de la viveza psicológica y de la experiencia manual del médico que actúa frente a la carne rendida del enfermo, con la riqueza emocional de un artista y la seguridad técnica de un sabio moderno. Conviene señalar lo último, pues en Chile ciertos aficionados a las «bellas letras», escrito así con sorna, preconizaban un divorcio entre el arte y la ciencia, hasta el extremo de concebir al artista como un arcádico individuo dispuesto a calzarse su traje circense, cada vez que la simpática oportunidad se lo aconsejara. Enfática afirmación que surge reñida, desde luego, con la amplia cultura humanística de un Leonardo da Vinci, por ejemplo, o de un Goethe, autor de una teoría física de los colores o de un Aldous Huxley, vástago de una dinastía de sabios.

Erich María Remarque, ajeno, sin duda, al catecismo estético de esos literatos chilenos y de los hombres de aventura que en Chile sientan cátedra lo mismo que pudieran vender cualquier producto, describe las operaciones quirúrgicas de su protagonista Ravic, con la precisión de un técnico, sin desertar ni un segundo de su alta jerarquía artística. Además termina con el mito de «El hombre que yo maté» de Rostand ya que asesina sin ninguna reticencia a un verdugo de la Gestapo, mimetizado en la inmensidad de París.

NADA.

Carmen Laforet es una gran escritora catalana, poseedora del premio «Eugenio Nadal» (1944); muy joven, pues nació en Barcelona en el año 1921 y realiza actualmente estudios universitarios en la ciudad de Madrid. La publicación de su novela «Nada» la hizo obtener el prestigioso y consagrador premio ya citado, logrando fama y divulgación mundial con su primera obra literaria. El desenvolvimiento de su novela se graba en la

memoria por lo vibrante, juvenil, rico en formas plásticas, sin sacrificar sobriedad, algo no común en la literatura española contemporánea. Su estilo es realista, descarnado, de hondos claros oscuros en ciertos momentos, pero alto, lleno de fortaleza y dignidad artística. Se descubre la influencia benéfica de la literatura inglesa, de Emilia Bronté por ejemplo, sobre la mente equilibrada, pero tan nerviosa y sensible, infinitamente distante de lo morboso, de la hija de España. También aparece infiltrado en dosis muy discretas el dramatismo de los rusos, saturado de crueldad, a fuerza de mantener la exactitud de los perfiles humanos, sus miserias y su aplastamiento sin esperanzas.

Carmen Laforet trasluce en su valentía y rigor con que enfoca la vida plena de sus personajes, la enseñanza de Terencio. «Soy humano y nada de la humanidad me es extraño». Pero ella no se deleita insertando situaciones teatrales, ni truculentas, ni insiste en aquellos detalles que no significan más que un recurso sentimental. Y es tal la realidad de los seres presentados que el lector experimenta el deleite de estar leyendo la versión de hechos vivos, tamizados por el filtro mágico de una genial textura artística, sin paralelo, a nuestro juicio, en toda la literatura moderna española. Porque en «Nada» no hay retórica, ni simples galas de forma, ni recursos hábiles de fondo. Su estilo es asaz descuidado para comprobar que no es la corteza de la obra, ni el barniz de última instancia, lo que ha preocupado esencialmente a la autora. Pero se advierte un impulso vital demasiado intenso para subrayar sus descuidos de forma. Es la vida palpitante y nerviosa la que bulle en las páginas de su novela, con su contradicción y su belleza, su ternura y su crueldad. Además es posible que la autora, siendo, como dijimos, catalana, escriba en castellano. Pero estos aspectos señalados más bien fortifican que disminuyen la categoría de su obra ejemplar.